

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

SANTA Y PECADORA

La escena se desarrolla en un despacho á la vez elegante y severo. Sentado en un sillón, con ademán de profundo abatimiento, un hombre ya entrado en años, de austero y noble continente, inclina la cabeza encanecida mientras dos gruesas lágrimas surcan sus mejillas.

Otro anciano, también de porte distinguido, penetra bruscamente en la estancia, dando muestras inequívocas de profunda y dolorosa emoción.

— ¡Antonio!

— ¡Luis!

— Y ambos amigos se confunden en estrecho abrazo.

Antonio. ¡Ay, amigo mío, qué desgraciado soy!

Luis. ¿Tú? ¿También tú?

Antonio. Toma, lee (*dándole una carta*).

Luis (*leyendo*). «Papá mío de mi vida; si, de mi vida y de mi alma y de mi corazón. Perdóname. Nunca te he querido tanto como en este momento en que voy á causarte el más amargo pesar. ¡Yo estoy loca, loca! Tú te oponías á nuestra unión, y yo, lejos de él, no puedo vivir, no puedo. De sobra sé cómo no he de saberlo, que tú sólo deseas mi felicidad, ¡pero si yo prefiero ser desgraciada con Arturo á ser feliz con cualquier otro! Sin él no quiero ni fortuna, ni honra, ni vida.

Adiós, papá mío. Esta pena que te doy es la espina que llevo clavada en el alma. Pero tú perdonarás. Cuando me veas un día amada, amante, dichosa, darás al olvido mi culpa para volver á estrechar entre tus brazos á tu ingrata hija que te adora, Lotín.»

¿Cuándo has recibido esa carta?

Antonio. Hará apenas dos horas.

Luis. ¡Extraña coincidencia! Dos horas hace que á mí me entregaron esta otra. Mira.

Antonio (*leyendo*). «Mi querido padre: escribo á usted desde el convento de las Esclavas del Espíritu Santo. Soy mayor de edad y dueña de mis resoluciones. La obstinada oposición de usted á mi incontestable vocación religiosa me ha obligado á dar este paso. Crea usted que lo deploro en el alma y que hubiera sido para mí dicha suprema la de recibir, en el momento en que muero definitivamente para el mundo, la santa bendición de un padre. Obligada á elegir entre la obediencia filial y la llamada del místico Esposo, no he podido vacilar un momento. Ninguna voluntad terrestre debe prevalecer contra las voluntades del cielo.

Bien sé que, desde el punto de vista mundano, mi conducta parecerá cruel y desnaturalizada. Dignese el Señor escuchar mis plegarias y pronto gozará usted venturas inefables, ofreciendo esta tribulación para el holocausto á Aquel que murió por salvarnos. Con todas las veras de su piedad, orará noche y día para obtener del Altísimo esa gracia, la que en el siglo se llamó su hija cariñosa, Araceli.»

Tras larga pausa, D. Antonio, absorto en el egoísmo de su dolor, murmura como hablando consigo mismo:

— ¡Mi hija era todo para mí!

Luis. Pues ¿y la mía? ¿Ignoras que desde la muerte de su madre, concentré en esa criatura todos mis afectos, todas mis esperanzas, todas mis ilusiones y que sólo por ese amor he podido soportar la vida.

Antonio. Lo mismo yo. Pero al menos, Luis, tu Araceli no ha manchado tus canas: ni llevado á tu hogar la vergüenza y el deshonor.

Luis (*con brusco arrebatado*). ¡Ha hecho más! Ha infringido los mandamientos de la naturaleza, ha renegado de la vida. Tu hija te sacrifica á su amor; la mía me ha sacrificado á su egoísmo. Tu hija, aun culpable, cumple la eterna ley; mi hija, viva, ha bajado al sepulcro. Entre Dolores y tú media tan sólo una falta; entre Araceli y yo se ha interpuesto lo irreparable.

II

Un año después en el mismo despacho, D. Luis escucha atento á D. Antonio que lee con voz temblorosa y balbuciente:

«... ¡Soy madre! Lo que en mis ensueños de amante constituía para mí el colmo de la dicha, hace hoy mi desesperación. ¿Qué va á ser, Dios mío, de este pobre niño que tiene por patrimonio el desamparo y por herencia la deshonra? Para él

imploro tu compasión, padre querido. Yo no la merezco. He sido mala y debo sufrir la pena de mi maldad. Abandoné y me abandonaron, fui ingrata é ingratos han sido conmigo. ¡Hay nada más justo! Mi conciencia me había adelantado ya la merecida expiación. ¡Verdad que me conoces lo bastante para no creer que mienta ahora por interés! Capaz de todos los extravíos de la pasión, no lo soy de las vilezas del egoísmo. Pues bien, por la memoria de mi bendita madre, por la salud de mi pobre hijo te lo juro; aun en mis horas de delirio y embriaguez, la imagen del triste anciano solo afligido, enfermo, llorando su desventura, maldiciéndome acaso, ha amargado todas mis dichas. No, no he necesitado esperar al desengaño para aprender cuánto pesa el remordimiento.

Pero mi hijo es inocente. Ampárale. Yo me separaré de él si lo exigies; no le veré más, me iré lejos, á trabajar, á luchar, á sufrir, á morir si es preciso antes que caer en el fondo del deshonor...»

Luis. ¡Pobre Dolores! Yo también he tenido noticias de Araceli. Mira, mira cómo se explica su santidad:

«El silencio de usted y los ecos lejanos y apagados del mundo que llegan á esta santa casa, me persuaden que aún no se ha aplacado en su alma el enojo que le causara mi determinación. Todavía el Altísimo no se ha dignado tocar su corazón, á pesar de mis votos y oraciones. Persiste en mi la esperanza de alcanzar para usted merced tan señalada. Aquel día, para todos venturoso, roto el velo de tinieblas que ahora le oculta la verdad, sabrá hacer justicia á mi conducta y aun felicitarla por ella. Mas si la Providencia ha decretado en sus inexcusables designios que tal día nunca para nosotros amanezca, no por eso se entibiará el fervor con que he de pedir al cielo se digné abrir los ojos de mi padre terrenal á la verdadera luz y guiarle por los senderos que conducen á la eterna bienaventuranza.»

Ora pro nobis. Bienaventurado tú, Antonio, porque tú perdonarás.

Antonio. Y tú también; para eso somos padres.

Luis. ¡Yot! ¿Pues no has oído lo que dice mi ex-hija? ¡Si es ella la que se muestra llena para mí de indulgencia! Tú puedes perdonar á tu hija pecadora; pero yo, ¿cómo quieres que perdone á la mía? ¡Mi hija es una santa!

III

(De Antonio á Luis.)

«Mentiría si te dijese que mi hogar es la morada de la alegría. Bien se advierte que el dolor ha pasado por allí dejando su imborrable huella. Por dicha, en pos del dolor, pasó también el tiempo. Cinco años van transcurridos desde la catástrofe. La acerbidad de la pena ha ido calmándose para dar lugar á una honda melancolía que no carece de dulzura. Jamás entre nosotros se hace alusión á lo pasado. El infausto recuerdo parece enterrado para siempre por una especie de convenio tácito. Vive, no obstante, y está siempre presente y como sobreentendido. Y ¡cosa extraña! lejos de producir en nuestras almas violencia, amargura, acritud, ese pasado contribuye á hacer más intenso nuestro cariño, acentuándole con una nota de mutua conmiseración. Mi hija y yo somos como dos enfermos que se ayudan á convalecer. Yo me esfuerzo en borrar de su corazón y de su mente la memoria de su infortunio. Ella quiere redimir á fuerza de ternura su antigua falta. Jamás hemos sido tanto el uno para el otro. Aquí, en este escondido retiro, lejos del ruido mundanal, rodeados por una campiña deliciosa, enfrente del inmenso mar, sentimos nuestros pesares perdidos y como abismados en la gran majestad de las cosas.

¡Por qué te obstinas en no venir? No ansiamos sino emprender tu cura. Este es un verdadero sanatorio para los enfermos del alma. Aquí encontrarás, con el calor de la amistad, la paz y el sosiego que tu estado necesita. Ven á adormecer tu dolor en esta nuestra vida gris y monótona, que sólo el pequeño Jorge anima á veces con los desplantes de su turbulencia infantil.»

(De Luis á Antonio):

«... ¡No. Os entristecería y no me curaríais. Mi mal no tiene remedio. Me daríais envidia. Acaso acabaría por aborreceros. No voy.

Debo vivir solo y morir solo. La Providencia lo ha ordenado así, como dice mi hija beatísima.

¡Solo! ¡Qué suplicio para mí, de indole tan expansiva, tan afectuosa, nacido para ser amado y para amar!

No, Antonio; no se lo perdonaré nunca, nunca. ¡Abandonarme así, en la vejez, sin tener siquiera la paciencia de esperar á que me cubriese la tierra! De tarde en tarde recibo aún cartas de la mística. No las leo, las quemo. Su tono de untuosa piedad se me hace insostenible. ¡Piedad ella! Ni para su padre la tuve. Hubiera muerto, y su recuerdo me serviría de consuelo. Ahora no puedo recordarla cuando de niña hacía las delicias del que fué mi hogar. Sólo se me representa bajo la imagen de un fantasma helado, una especie de estatua con tocas.

Me muero, por fortuna. Los médicos no saben de qué. Yo sí. Me mata la santidad implacable. Moriré entre extraños. Una mano mercenaria cerrará mis ojos...

Adiós, amigo del alma. Se feliz, y bendice al destino que te dió por hija una pecadora y no una santa.»

ALFREDO CALDERÓN

LOS CAMPOS

¡Son los campos! Las tablas donde escribe la sacrosanta tierra su decálogo, decálogo de paz, leyes de vida

y frutos de abundancia; preceptos de armonía en que los árboles dan sombra á los ruminantes y á los hombres; en que los bueyes, que trabajan, aman al viejo labrador que los conduce.

El firmamento es la cabeza augusta de la tierra, cubierta de nublados; las montañas, sus hombros gigantes; los campos, sus entrañas. Aquí la vida se alimenta y pasa derramando sus dones; aquí brotan las doradas espigas, ondulando como hexámetros griegos; aquí el día deja ver cuándo empieza y cuándo acaba.

¡Son los campos! La tierra sin cadenas: la república inmensa, imaginada por el viejo Platón. Bajo la misma serenidad de un cielo las hiedras trepan; el gusano arrastra por el suelo su cuerpo, las palomas beben entre los huecos de los troncos, duermen los perros y tranquilamente se tienden, á la sombra, los rebaños.

¡Nadie obedece á nadie, y todos juntos cumplen con los preceptos de la vida! La tierra abre su seno, permitiendo que el hombre la fecunde; por sí mismas se doblan las espigas bajo la hoz del labrador; las huellas las pardas yeguas inconscientemente, y el trigo se desgrana; sopla el viento, y el grano se desprende de la paja.

Nadie se opone al triunfo de las cosas, ni con leyes imbéciles pretende cambiar la ley no pronunciada nunca, en la paz de los campos; nadie ha puesto cadenas á los árboles, ni á los almendros, en Abril, ha dicho: «¡no florezcáis!» Las estaciones ruedan con todo su esplendor sobre estos sitios.

¡Sin obstáculo alguno se desliza por los campos el carro de la vida, lleno de majestad, lleno de frutos, serenándolo todo! Como los carros que, al caer la tarde, rebotando de mieses, arrastrados por la dorada yunta de los bueyes atraviesan, crujendo los rastrojos.

Las tintas del crepúsculo iluminan los montones de paja; los chiquillos hierven en torno de las grandes ruedas increpando á los bueyes; los labradores siguen á los niños enjugándose el rostro, y sobre el carro, los esposos recientes, los amantes de la siega anterior, rien á todos, mientras los libres pájaros del aire se paran sobre el hierro de la lanza para picar las rebosantes mieses.

E. MARQUINA

CONSEJO DE MINISTROS

Sagasta. — Comienza el Consejo. ¿De qué vamos á tratar hoy, amigo D. Segis?

Moret. — De varias é importantísimas cuestiones. Señores, hay que demostrar que el Gobierno no se duerme en las pajas...

Romanones (á Veragua). — ¿Qué frase de más mal gusto!

Moret. — Debemos preocuparnos en primer término de la cuestión financiera.

Rodríguez. — Estamos amenazados de cerrar los presupuestos con un enorme déficit.

Romanones (aparte). — ¡Lo mismo que el año pasado!

Veragua. — Pero eso no será óbolo para que cobremos, ¿verdad?

Moret. — ¡Si ya decía yo que ese Urzáiz no tenía nada en la cabeza!

Romanones. — ¡Ni pelo siquiera!

Sagasta. — Hablen ustedes bajo, no vaya á oírnos Ferreras.

Moret. — Supongo que no habrá necesidad de introducir ninguna nueva modificación en el itinerario del viaje regio.

Romanones (á Veragua). — Observe usted que este hombre habla cada vez peor. ¡Cuidado que le ha salido difícil el parralillo!

Sagasta. — Vamos, D. Segis, no haga usted chistes.

Veragua. — Conste que yo soy uno de los que se embarcan en ese viaje.

Weyler. — Y yo.

Suárez Inclán. — Y yo.

Sagasta. — ¡Señores, me van ustedes á dejar solo!

Moret. — Ya sabe usted, señor presidente, yo que no le abandonaré nunca.

Romanones (aparte). — ¡Qué adulador!

Moret. — Tenemos que ocuparnos también de la cuestión religiosa. Aquí traigo mi estadística.

Romanones (con tono impertinente). — Esa estadística no sirve para nada.

Moret (muy incomodado). — ¿Por qué? ¿Por qué?

Romanones. — Por incompleta, por incompleta, por incompleta.

Moret. — Que se expliquen esas palabras.

Romanones. — Voy á explicarlas. Y ruego al señor Moret que no se acalore.

Suárez Inclán. — ¡Venga de ahí!

Romanones. — Pues esa estadística es incompleta, porque en ella no figuran los frailes que vendrán á visitarnos de Filipinas, ni los frailes que vendrán á visitarnos de Francia.

(Exclamaciones generales. — ¡Ah! ¡Oh!)

Sagasta. — Me parece muy oportuna esa observación.

Rodríguez (timidamente). — ¡Pero vamos á recibir á esos frailes!

Moret. — ¡Cúmplase ahora y siempre la voluntad del Señor!

Sagasta. — ¡Respetemos los mandatos misteriosos de la Providencia!

Rodríguez. — ¡Muy bonita frase, tío!

Romanones. — ¡Amén!

Sagasta. — Y si les parece á ustedes, señores, daremos por terminado el Consejo. ¡Hace un calor!

Veragua. — ¡Insostenible!

Moret. — ¡Yo sudo de un modo... Los hombres elocuentes sudamos mucho.

Sagasta. — Conque hasta muy pronto, señores. Y si se encuentran ustedes por casualidad á Mellado, díganle que me ha marchado á Ávila. ¡Qué posma de hombre!

El político en verano.

A San Sebastián y sus alrededores van llegando importantes personajes, cuya notoriedad aumenta en cuanto han corrido á razón de 50 kilómetros por hora.

El telégrafo — y no con su terrible laconismo — nos transmite, en cuanto el calor aprieta, las declaraciones que dichos personajes hacen en cuanto se ven en un puerto de mar; porque es sabido que no hay nada que incite tanto á hacer declaraciones como el estar al borde del agua.

— ¿Qué pensará Fulano de la superioridad de los zapatos de lona sobre las botas de búfalo?

Y allá va el activo corresponsal de madrileño.



Las grandes cortesanas.



Resultado del congreso Zoológico de Santiago.



Weyler.—Y pues sus puertas me cierra de mis pasos en la tierra responda el cielo y no yo.

El Duque de Veragua disponiéndose a emprender el viaje regio.



LOS NUESTROS.—VICENTE MEDINA



Don Segis.—¡Gran noticia D. Práxedes! En Francia ha comenzado la expulsión de las órdenes religiosas.
Don Práxedes.—¡Me alegro, hombre, me alegro, porque así recibiremos la visita de algunos de los pobrecitos frailes expulsados!



Romanones reflexionando.—¡Pero porqué dirán que tengo tan mala pata!



Fábula política.—Los dos amigos y el oso.

periódico á indagar lo que piensa Fulano sobre el modo de cubrir los pies de sus conciudadanos.

—Hombre! Lo de las envolturas de las extremidades es cosa grave, y, por lo tanto, entiendo yo que...

Y el ilustre hombre público se enfrasca en largas consideraciones acerca del calzado en sus relaciones con la vida de los pueblos, asegurando, de modo terminante, que todo cuanto al calzado se refiere está dicho por él en su discurso de apertura del centro de Violoncellos desvalidos.

Mi respetable amigo el duque de Tetuán es hombre que se pirra por dar todos los años su opinión, pasada por agua de Cestona.

No han venido todavía sus declaraciones; pero ya las espero de un momento á otro, y con tal impaciencia, que ni una sola noche al acostarme dejo de encargar que me avisen si el duque habla, para no retardar el dulce momento de leer esas declaraciones.

Individuo hay que durante el invierno es en Madrid un cero á la izquierda, y que en llegando á un punto veraniego, siente dentro de sí una comezón horrible por dar su opinión, que á nadie importa, sobre los problemas de actualidad.

Gorrínez, por ejemplo, que se ha pasado ocho meses jugando al tresillo en los billares de un café céntrico, ¿qué sabe de la misión que le ha llevado á Francia al ras Makonnen, enviado de Menelik?

Pues, sin embargo, Gorrínez está diciendo á estas horas que el viaje del referido ras es trascendentalísimo para todos los que estamos á ras... de tierra.

Así, pues, esas declaraciones no sirven más que para amargarnos la vida, pues no nos dejan sufrir el calor con tranquilidad ni entregarnos á la horchata con deleite.

—¡Caramba! ¡Si estaré yo saboreando este *chico*, y estará mientras tanto, el ilustre Cabezorra declarando en San Sebastián que los principios democráticos son antes que el cocido reaccionario y que la sopa conservadora? Si tal supiera, no podría perdonarme yo mismo el haberme entregado al refresco, mientras Cabezorra salva á la Patria con sus manifestaciones.

Aquí en Madrid pasa al lado nuestro uno de esos Cabezorras, y ¡pesch! lo más que decimos es:

— Ahí va ese.

En San Sebastián ya es distinto: allí la figura de los Cabezorras aumenta de un modo bárbaro; á veces tiene más grandeza que el casino, y causa verdadero asombro á los que allí han ido á tomar baños y comprarse una boina.

—¡Qué hombre! Hoy, al leer la prensa de Madrid, ha dicho: «¿Qué demonio!»

—¡Recaray! ¡Cómo ha dicho usted?

—¡Qué demonio!

Y esta importante declaración del ilustre hombre público es telegrafiada á todas partes para causar el estupor de los lectores y para que digan con el periódico en la mano:

—La verdad es que ahora en verano la grandes figuras hacen declaraciones atrevidas...

A. R. BONNAT

Monólogo de Práxedes Mateo.

Conversación que Mateo consigo mismo sostiene, al mirar que el tiempo viene muy chubascoso y muy feo.

Señores, yo he conseguido dar al país la castaña; yo me he burlado de España, pero... ya me han conocido.

Todos descubren, al fin, mi labor grosera y basta. ¡Gran Dios, á cada Sagasta le llega su San Martín!

Yo, que á todos daba el pego hablando de libertad, que fui una celebridad tocando el himno de Riego,

¿cómo borro hoy mi mancilla y caigo de nuevo en gracia? ¡Si ahora hablo de democracia, todos me dirán que es grilla!

Pero á mí sólo me inquieta, en medio de estas traiciones, ver que las oposiciones me han quitado la careta.

Porque hasta ahora impunemente así pude proceder; mas, desde hoy, ¿qué voy á hacer, si me conoce la gente?

Si me han descubierto el juego, ¿quién de mí se fiará?

¿Qué necio me creará si toco el himno de Riego?

Dirán que las libertades que prometo á las Españas son ardis y artimañas, para cometer maldades, siendo al amigo traidor lo mismo que al enemigo; pues yo sólo estoy conmigo que soy mi amigo mejor.

Y el premio de tanto dolo, pues que solo quiero estar, puede venir á parar en que, al fin, me dejen solo.

HOMBRES AL AGUA

El calor arrecia, los alquileres suben y la humanidad menesterosa se ve y se desea para poder tomar por las tardes un refresco sencillo de agua de cebada.

Los que no tienen recursos propios para abandonar la corte en busca del refrigerante baño de mar, apelan á la usura ó al generoso corazón de un amigo que les saque del apuro, y hay familia que á estas horas ha recorrido todas las casas de préstamos de la capital para ver si consigue empeñar un piano que suena lo mismo que si tuviese dentro dos docenas de lagartijas forradas de hoja de lata.

Por lo general los prestamistas tienen mala voluntad á los instrumentos musicales, pues dicen, y no les falta razón, que el arte va de capa caída, de modo que tiene uno en casa un piano y es como si tuviese una roca pelada para los efectos de la utilidad doméstica.

Así y todo, conocemos á una señora que ha conseguido empeñar un harmonium y dos panderos pertenecientes á una hija que sigue la carrera de tiple cómica, y todas las tardes va la muchacha á registrar el instrumento con permiso del prestamista, para que no se le apaguen las voces por falta de uso.

Ahora tratan muchas familias de reunir dinero á todo trance, porque la que más y la que menos necesita baños de ola, y hay sujeto que está decidido á todo con tal de que le lleven á un puerto de mar.

Anteayer supo que se trata de reunir una compañía de zarzuela para dar funciones en Cóbrecos, dentro de un almacén de arenques, y el infeliz se fue á ver al director de la *troupe*, para decirle:

—Yo canto algo, y he sido tenor interinamente, por lo cual venia á ofrecer á usted mis servicios.

—¿Tiene usted repertorio?

—Sí, señor; canto la habanera del *negro inapetente*, y el polo de Cádiz y varios trozos sueltos.

—¿Pero usted qué es?

—¿Yo? Linfático nervioso.

—No pregunto eso. ¿Ha salido usted á las tablas?

—Salí en casa de mi jefe, en Guadalajara, cuando estuve empleado en Contribuciones. Siempre que se acababa el tenor, que era un chicoastre de la localidad, me presentaba yo á hacer sus veces. Además tengo una esposa que podría servirle á usted para los papeletos cómicos, porque tiene mucha gracia, ella de suyo, y ya trabajó más veces.

—Hablaremos sobre el particular.

—Es una mujer muy útil, pues lo mismo sirve para la escena que para guisar un bacalao á la vizcaina; y si hay que clavar un clavo ó empapelar una habitación ó forrar un cofre, ella puede hacerlo todo perfectamente, porque es muy mañosa.

Con tal de salir de Madrid, hay quien se prestaría á hacer volatines por las calles y á tragar estopas encendidas.

Días pasados salieron con dirección á Santander la señora de Gutiérrez y su esposo, que viajan en tercera, y van á parar á casa de la viuda de un carabinero, que cede una alcoba amueblada con vistas á un camaranchón.

Piensen mantenerse con cualquier friolera, y abrigarse con su propio calorico, y lavarse ellos mismos la ropa interior, porque carecen de recursos y han tenido que vender un catre y otros utensilios del hogar para hacer frente á los gastos de locomoción; pero la señora no ha querido quedarse en Madrid por nada de este mundo, y lo primero que hizo fué improvisar un sombrero vaporoso para la playa, con flores de trapo auténtico y cintas transparentes sacadas de unos visillos.

El se compró por ochenta reales un terno de lanilla color de tórtola, con pintas, y unos zapatos amarillos, de legítimo hule, que necesitan todos los días un baño de azafrán para que no pierdan la coloración y la natural elegancia.

Sabe Dios cuánto habrá gustado á estas horas en Santander el matrimonio Gutiérrez, y esto basta á recompensar los sacrificios que se ha impuesto.

La señora regresa á su domicilio todas las tardes abrumada por las lisonjas, y se sienta en un baúl para satisfacer las necesidades del estómago.

—Parece mentira que no tengamos ni una mala mesa — dice el esposo —. Quitate la capota, que te la puedes manchar con esa tela de araña.

—No tenemos mesa, ni vajilla decente, ni alimentación sana — replica la señora —; pero en cambio, ¿quién puede quitarnos la satisfacción de haber veraneado en una playa de moda?

El caso es que hay una porción de Gutiérrez en Madrid, y que los trenes salen estos días llenos de señoras elegantes y de esposos benignos, dispues-

tos á lucir su talle en el *boulevard* de San Sebastián ó en la alameda de Vigo, á riesgo de no poder subvenir á las necesidades imperiosas del estómago, que es nuestro verdugo, como quien dice.

Nosotros conocimos en Galicia el año pasado á un caballero francote, padre de dos hijas elegantes y esposo de una señora que parecía una reina transeunte.

—Tiene usted una familia encantadora — le dijimos —. ¿Qué distinción! ¿Qué elegancia!

Y nos contestó, acercando los labios á nuestro oído:

—¿Las ve usted qué lujosas van? Pues ¡sabe usted lo que hemos comido hoy? Una cola de merluza con aceite y vinagre y dos panecillos duros.

LUIS TABOADA

LA SOMBRA

Porque el que se ensalzare será humillado, y el que se humillare será ensalzado.

(San Mateo, v. 12, c. XXIII.)

Había salido del hospital el día de *Corpus Christi*, y volvía envejecida y macilenta; pero ya curada, á casa de su ama, á seguir nuevamente su vida miserable, su vida miserable de prostituta. En su rostro, todas las miserias; en su corazón, todas las ignominias.

Ni una idea cruzaba su cerebro, tenía solamente un deseo de acabar, de descansar para siempre sus huesos enfermos. Quizá hubiera preferido morir en aquel hospital inhumano, en donde se concrecionaban los detritus del vicio, que volver á la vida.

Llevaba en la mano un fardelillo con sus pobres ropas, unos cuantos harapos para adornarse. Sus ojos, acostumbrados á la semiobscuridad, estaban turbados por la luz del día.

El sol amargo brillaba inexorable en el cielo azul.

De pronto la mujer se encontró rodeada de gente, y se detuvo á ver la procesión que pasaba por la calle. ¡Hacia tanto tiempo que no la había visto! ¡Allá en el pueblo, cuando era joven y tenía alegría y no era despreciada! Pero aquello estaba tan lejos!..

Veía la procesión que pasaba por la calle, cuando un hombre, á quien no molestaba, la insultó y le dió un codazo; otros, que estaban cerca, la llenaron también de improperios y de burlas.

Ella trató de buscar, para responder á los insultos, su antigua sonrisa, y no pudo más que crispar sus labios con una dolorosa mueca, y echó á andar con la cabeza baja y los ojos llenos de lágrimas.

En su rostro, todas las miserias; en su corazón, todas las ignominias.

Y el sol amargo brillaba inexorable en el cielo azul.

En la procesión, bajo el sol brillante, lanzaban destellos los mantos de las Virgenes, bordados en oro, las cruces de plata, las piedras preciosas de los estandartes de terciopelo. Y luego venían los sacerdotes con sus casullas, los magnates, los guerreros de uniformes brillantes, todos los grandes de la tierra, y venían andando al compás de una música majestuosa, rodeados y vigilados por bayonetas y espadas y sables,

Y la mujer trataba de huir; los chicos la seguían, gritando, acosándola, y tropezaba y sentía desmayarse; y herida y destrozada por todos, seguía andando con la cabeza baja y los ojos llenos de lágrimas.

En su rostro, todas las miserias; en su corazón todas las ignominias.

De repente, la mujer sintió en su alma una dulzura infinita, y se volvió y quedó deslumbrada y vió luego una sombra blanca y majestuosa que la seguía y que llevaba fuera del pecho el corazón herido y traspasado por espinas.

Y la sombra blanca y majestuosa, con la mirada brillante y la sonrisa llena de ironía, contempló á los sacerdotes á los guerreros, á los magnates, á todos los grandes de la tierra; y desviando de ellos la vista, y acercándose á la mujer triste, la besó con un beso purísimo en la frente.

PÍO BAROJA

LIBROS

La obra de Dios. — Con este título acaba de publicar la casa editorial de Lezcano y Compañía, una obra de dos tomos, original de D. J. Menéndez Agüsty.

Conoció el Sr. Menéndez Agüsty como escritor castizo y novelista original por la publicación de otro libro titulado *La hija de Don Quijote*, en su nueva producción afirma y completa la opinión que de él tiene formada la crítica y el público.

La obra de Dios, admirablemente editada, se vende á peseta cada uno de los tomos de que consta.

El Eunuco, por Carlos Río Baja. Es novela de género marcadamente naturalista, en la que se pinta con verdadera sinceridad el hombre que va al matrimonio con una organización incompleta y que es lo suficientemente

digno para no dar á conocer al mundo la falta congénita de su organismo.

Es un estudio psicológico acabado, para cuyo género de literatura el autor de *El Eunuco* posee condiciones envidiables, por sus muchos conocimientos científicos, que son una sólida garantía para el lector.

Los Evangelios. Cuantos elogios puedan hacerse de Tolstoi, los han hecho ya todos los críticos y literatos de nombre que hay en el mundo. Tolstoi es indudablemente el verdadero apóstol, el redentor majestuoso del pueblo ruso.

La obra mejor de este escritor fecundísimo es, sin duda, la que lleva por título *Los Evangelios*, que traducida con una pasmosa fidelidad, á que no estamos acostumbrados, acaba de poner en venta la importante casa editorial Lezcano y Compañía, de Barcelona.

Los Tres, de Máximo Gorki. Sólo el nombre del autor sería bastante para avalorar tan importante obra.

Tiene Gorki verdadero genio, y con razón está reputado en Europa y en el mundo entero como uno de los mejores novelistas contemporáneos. *Los Tres*, es uno de esos libros que por sí solos son capaces de hacer la reputación de un escritor.

El burro del tío Antón. El laureado poeta Rafael Ruiz López es el autor de esta novela social.

Ruiz López, que como poeta ha llegado á conquistar un puesto envidiable, consiguiendo premios honoríficos en el extranjero, presenta en *El burro del tío Antón* un cuadro social admirable, en el que demuestra la pujante energía de un cerebro joven y de un temperamento meridional.

El último Jesuita, de Cándido Costi y Lasso de la Vega, es una novela verdaderamente sensacional llena de interés, que ha de leer el público con entusiasmo seguramente.

Memoria histórica sobre la Inquisición española, por Llorente.

La Editorial Moderna acaba de publicar una elegante edición de este libro curiosísimo y ya tan raro, que solamente los eruditos tenían noticia de él, y muy pocos lo poseían; de la generalidad de los españoles será en absoluto ignorado, y al presente, cuando las cuestiones religiosas á todos nos preocupan tanto, esta obra vuelve á ser de indudable actualidad.

La Memoria sobre la Inquisición forma un libro utilísimo para adquirir verdadera noción de lo que fué y puede ser ese tribunal eclesiástico tan discutido, y del cual ya no hacen juicio exacto las multitudes, pues de él tienen idea por referencias á veces harto inexactas, sea por apasionamientos de escuela, sea por otros intereses.

Su autor, el celebre presbítero D. Juan Antonio Llorente, lo conocía bien, tanto por haber sido su secretario general, cuanto por haber disfrutado la confianza del inquisidor mayor, con quien había trazado un plan dirigido á reformar en España el *Santo Oficio*. Esta su *Memoria* la dedicó á la Academia Española, ante la cual la leyó él mismo en cuatro sesiones, mereciendo su aprobación y el que fuese editada oficialmente.

Precio del libro: una peseta.

ANUNCIOS HUMORÍSTICOS

¡Filósofos!, ¿queréis saber cuál es la fórmula de la felicidad? Pues bebed una copita de *Anis del Mono*. ¡En ese licor está el secreto de la dicha!

¡Me río yo de Rodrigáñez! (Permitaseme este desahogo.) ¡Qué mejor negocio que asegurarse la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos*, Sevilla, 13?

CASTELAR

(Fragmentos de sus obras.)

En este libro se hallan comprendidos los mejores trabajos políticos y literarios del ilustre tribuno.

Un tomo de más de 200 páginas, con seis retratos de Castelar y artística cubierta, 3 pesetas. Para los corresponsales y suscriptores de *DON QUIJOTE*, 1,50 pesetas. Los pedidos se harán á esta Administración: Pagos anticipados.

IMPRESOS ECONÓMICOS

Material moderno. Precios reducidos. 10.000 prospectos, 12 pesetas; 100 tarjetas, desde 0,75 pesetas. Especialidad en orlas modernistas é inglesas litográficas. Aduana, 25.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.
Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7.
VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30. A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.